

Editorial

Con todos y para el bien de todos

Es conocido por todos que nuestro país se encuentra en un momento singular que demanda un replanteo universal de los ámbitos económico, cultural, jurídico y político, por solo mencionar algunos ejemplos. También se percibe que existe la conciencia suficiente acerca de la necesidad de emprender tales ajustes o cambios —como se les prefera llamar.

Dichas transformaciones exigen estudio, una reflexión compartida y el consenso necesario, así como crear las condiciones imprescindibles para realizarlas. Todo esto, por supuesto, requiere de un tiempo que no se puede violentar.

Sin embargo, el estado actual de la vida cotidiana de la población, atiborrada de carencias y agobios, genera una premura difícil de satisfacer, pero capaz de forjar un ánimo de frustración que podrá atentar en contra del consenso y de la comunión necesarios para emprender con éxitos la inflexión que exige nuestra realidad sociológica, en un momento tan decisivo de la historia de Cuba, donde está en juego hasta el futuro mismo de la nación.

Esta situación, es evidente, reclama ser enmendada. Para ello, es ineludible, será necesario —y hasta donde sea posible— implicar más a la ciudadanía en ese proceso de ajustes, de cambios, de transformaciones.

Esto demanda, a su vez, que la sociedad pueda conocer con exactitud los fundamentos, los fines y la metodología del programa que según parece ha ido esbozando el nuevo presidente de la República.

Para implicarse de manera efectiva es necesario compartir el proyecto, así como poder calcular la seguridad de que será realizado, y para ello es imprescindible comenzar por conocerlo de una manera suficiente. Quizá esto último

sea un desafío para el nuevo jefe de Estado, quien para ir desplegando su proyecto tal vez deba sortear numerosísimos escollos, tanto internos como externos.

Otro aspecto decisivo para que la sociedad pueda implicarse de manera debida en el proceso de cambios, será por medio de una participación activa y cierta en el diseño del proyecto de gobierno, así como en la ejecución y control del mismo. Y para esto, es necesario reconocerlo, se hace ineludible acelerar el ajuste de nuestra institu-

**... en ese
proceso de
ajustes, cambios,
transformaciones,
será necesario
implicar más a la
ciudadanía...**

cionalidad con el objetivo de que pueda responder a esta necesidad imperiosa.

No cabe dudas, la solución de nuestros problemas reclama que todos los cubanos, sin excepción, se puedan incorporar de manera mancomunada, aunque —es bueno precisar— cada cual desde su identidad personal, en la edificación de la Casa Cuba. Y para esto, es evidente, será necesario desatar las potencialidades de la subjetividad de cada cubano, pero también apuntalar los fundamentos de la fraternidad entre todos los nacionales.

Ambos desafíos constituyen un binomio inseparable y necesario para lograr que mientras se ensanche la libertad de cada ciudadano igualmente crezca de manera pu-

jante y equilibrada toda la sociedad cubana.

A esto último, al cultivo sano de este binomio, puede contribuir mucho la Iglesia Católica, sin perjuicio de todo lo que también puedan aportar otras iglesias, instituciones, organizaciones y cubanos en general. La Iglesia es maestra en humanidad, y experta en promover la responsabilidad personal y la comunión entre los seres humanos.

Pero para hacerlo aquí en Cuba, ahora, necesita de muchos más espacios que le faciliten ayudar y dignificar a los pobres, a los enfermos y a los presos, así como inculcar su mensaje de amor y confianza, responsabilidad y comunión, por medio de su participación a través de los medios de comunicación social, la educación y la cultura.

Recientemente, Felipe Pérez Roque, ministro de Relaciones Exteriores, ha reiterado públicamente la necesidad de continuar trabajando con el objetivo de crear las condiciones para que la Iglesia pueda ejercer, con toda amplitud y garantías, el papel y la responsabilidad que le corresponde.

Igualmente, el cardenal Tarcisio Bertone, secretario de Estado de Su Santidad Benedicto XVI, durante su visita a la Isla, ha insistido en el anhelo que sistemáticamente han expresado los Obispos cubanos, de poder acceder a estos ámbitos con el objetivo de contribuir a una Cuba cada vez mejor.

Quiera Dios que muy pronto la Iglesia Católica cubana pueda contar con todos los espacios necesarios para cumplir con su espinosa responsabilidad en este momento decisivo de la historia de nuestra nación.

